

## **INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA**

ISSN: 1130-2887

- DEGREGORI, Carlos Iván.** *La década de la Antipolítica. Auge y caída de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2000.
- TUESTA SOLDEVILLA, Fernando (ed.).** *El juego político. Fujimori, la oposición y las reglas.* Lima: Fundación Friedrich Ebert Stiftung, 1999.
- PEASE GARCÍA, Henry.** *Electores, partidos y representantes. Sistema electoral, sistema de partidos y sistema de gobierno en el Perú.* Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Departamento de Ciencias Sociales, 1999.
- BARNECHEA, Alfredo.** *La República Embrujada.* Lima: Aguilar, Nuevo siglo, 1995.

Perú acaba de dejar atrás una década marcada por el estilo peculiar de hacer política de Fujimori. Han sido numerosos los trabajos que, desde las Ciencias Sociales, intentaron profundizar en el conocimiento de los factores que llevaron a este líder al poder y que intentaron definir su estilo de gobierno. Uno de los elementos recurrentes en muchos de estos trabajos ha sido el concepto de crisis. Los cuatro libros que aquí se presentan tienen en común el análisis, desde perspectivas muy distintas, de la crisis peruana y el propósito de contribuir desde sus distintos enfoques y puntos de partida a elevar el escenario de discusión sobre la democracia en Perú.

Los tres primeros libros, se sitúan en el análisis de la situación política peruana. Así, Degregori explora los elementos constitutivos de la década fujimorista-montesinista, marcada por la antipolítica. El libro editado por Tuesta Soldevilla es una recopilación de trabajos que, desde la ciencia política, son una contribución al esclarecimiento y comprensión del escenario peruano anterior a las elecciones de 2000. Henry Pease García, tras un análisis del sistema político peruano, propone normas institucionales que, a su juicio, pueden ayudar al país a alejarse del autoritarismo y asegurar mecanismos más representativos para la democracia. La visión de Bernechea es muy distinta a la de los otros trabajos, este autor se plantea la pregunta de por qué Perú no ha podido inscribirse en la órbita de países desarrollados e indaga, a través de la incursión histórica, en los factores que hacen que Perú no haya logrado a lo largo de su historia estabilidad política, justicia social y desarrollo económico. A continuación se pasa a detallar el contenido de cada uno de estos trabajos.

Carlos Iván Degregori se propone en su libro, utilizando un tono jocoso, explorar la década fujimorista, la utilización de los medios de comunicación en esos años, el manejo de la memoria y el miedo por parte del Gobierno fujimorista como vehículo desmovilizador de la población y describir la derrota de Fujimori frente al pueblo peruano. Estos objetivos son los que estructuran el libro en cinco partes a las que Degregori une, para apoyar sus argumentos, artículos periodísticos de él mismo publicados en diferentes medios.

Degregori utiliza como símil un parque de atracciones para introducirnos en el Perú de Fujimori, pero no un parque de atracciones cualquiera, sino macabras, así cada capítulo es una sección del parque: el cuarto de los espejos, la sala de implantes de memoria, el parque temático, etc. Este tono irónico y lúdico del libro hace de su lectura un ejercicio fácil a la vez que ofrece una visión «tenebrista» de la década.

En el libro se afirma que el régimen fujimorista, surgido de la guerra contra la subversión, la hiperinflación y los partidos tradicionales, logró sus triunfos a costa de constituirse como régimen alrededor de la antipolítica, la personalización del poder y la defensa cerrada de la actuación del Estado en los años de la violencia. Así, el autogolpe de 1992, la ley de amnistía de 1995 y la reelección presidencial de ese mismo año, consolidaron esa opción. De modo que la emergencia política, supuestamente temporal, se volvió permanente y las huellas del nacimiento violento se exhibieron durante los dos mandatos volviéndose el Gobierno cada vez más autoritario, desligándose de cualquier representación para convertirse en un régimen de camarilla, mafiosos y autista. Para mantener secuestrado al país en el pasado, el Gobierno jugó con el miedo que imperaba en el momento de su nacimiento, construyendo una *memoria salvadora* en la cual Fujimori aparece como el artífice exclusivo del triunfo sobre la subversión y el único garante de la paz. Para mantener esa memoria, el control de los medios de comunicación jugó un papel fundamental.

Degregori distingue tres etapas dentro del fujimorismo. La primera (1990-1992) estuvo caracterizada por el derrumbe de los partidos políticos y el autogolpe, la segunda es denominada por el autor como fujimorismo clásico o victorioso (1992-1996), y la tercera etapa, el fujimorismo tardío, epigonal o en descomposición fue inaugurada por la ley de interpretación auténtica en 1996.

Fujimori dependió desde el principio de su gobierno de los medios de comunicación, especialmente de la televisión. Por ello, si éstos le eran desfavorables, utilizaba la fuerza o la compra para inclinarlos a su favor. A través de los *talk-shows* y los diarios amarillos, el Gobierno desplegó su estrategia política en torno a tres ejes: la propaganda masiva a favor del Gobierno, el desarrollo de una campaña de difamación y calumnia contra los candidatos de oposición y la reavivación de viejos miedos o la inoculación de otros. Éste fue el mecanismo simbólico que utilizó, en opinión de Degregori, para contrarrestar el descontento social y asegurarse la dominación pero, además, manejó otros mecanismos por el lado político, el clientelismo y elogio de la mano dura y por el lado económico, la política social de focalización del gasto.

Un último mecanismo le sirvió a Fujimori para legitimarse ante la comunidad internacional por su autoritarismo y falta de respeto a los derechos humanos y este mecanismo le vino de la mano, en opinión de Degregori, de dos ejes centrales discursivos. Por un lado, la soberanía nacional (que cuestionaba la ingerencia extranjera en la política interna, especialmente en el proceso electoral de 2000) y por el otro, el relativismo cultural (cuyo objeto no era promover la diversidad de los pueblos, sino cuestionar la universalidad de los derechos humanos, justificando el autoritarismo del Gobierno).

Si bien Degregori describe en profundidad el mecanismo mediático de la dominación de Fujimori y su estilo de gobierno así como la vigorosa respuesta popular contra

el presidente a partir del anuncio de su candidatura para una segunda reelección, en el libro se echa de menos un mayor análisis en los factores que motivaron la caída del régimen fujimorista-montesinista. Esta falta tiene su justificante principal en el hecho de que los acontecimientos en Perú se precipitaron a partir de las fraudulentas elecciones generales de 2000 y el libro tiene su corte antes de que Fujimori «viajara» a Japón y el Congreso le cesara por incapacidad moral. Quizá hubiese sido positivo postergar unos meses más la edición del libro para profundizar en el derrumbamiento de Fujimori.

El libro que edita Fernando Tuesta Soldevilla, complementario al presentado en 1996 *Los enigmas del Poder: Fujimori 1990-1996*, constituye un análisis pormenorizado del proceso político fujimorista, centrándose en la política como foco de análisis. Así, el libro estudia a los actores políticos y al conjunto del proceso político peruano de los últimos años.

El libro es abierto por un ensayo de Tuesta Soldevilla, en el que compara el sistema electoral peruano con los de los otros países de la región andina y analiza los efectos que éste provoca sobre la gobernabilidad. A este artículo le sigue un trabajo de Martín Tanaka en el que propone, desde la base del caso peruano, un modelo de análisis de la experiencia democrática en América Latina en el que se enfatizan las interacciones entre la transición económica hacia una economía de mercado y la transición política a la democracia. Así, Tanaka estima que existen tres etapas básicas en la interacción entre la transición política y la económica. La primera de ellas se caracterizaría por lo que ocurre en la esfera política como paso hacia la democracia. La segunda etapa, una vez establecido el Gobierno democrático, tendría como centro el control de la transición económica del orden estadocéntrico hacia una nueva matriz de relaciones, articulada por el mercado. En la tercera etapa, la economía y la política interactúan sin una clara dirección en cuanto a la determinación de la dinámica general y se asiste a un agotamiento del paradigma neoliberal como generador de propuestas.

Cynthia McClintock afirma en su trabajo, frente a las posiciones de los académicos estadounidenses, que el Gobierno de Fujimori ha sido autoritario y plantea una reevaluación de la tendencia de los académicos a juzgar a un régimen que permite la participación de partidos como una «democracia con adjetivos». Ella estima que el problema está en establecer los límites en las condiciones para que las elecciones sean libres y justas. Gregory Schmidt en su artículo analiza las elecciones de 1995, explorando las causas de por qué los peruanos se decantaron por Fujimori frente a la candidatura de Javier Pérez de Cuéllar.

Eduardo González Cueva presenta, a partir de la expropiación de la cadena de televisión *Frecuencia Latina* al empresario Baruch Ivcher, el contexto en el que aparece la discusión política sobre la peruanidad, es decir, el modelo de la esfera pública peruana, en la que sistemas de clasificación racial e imágenes de nación son problematizados. Así, se analiza la discusión sobre la representación política en el régimen de Fujimori y su relación con el debate sobre las imágenes de nación. Philip Mauceri se centra en el papel que las Fuerzas Armadas han tenido en el régimen de Fujimori, afirmando la total dependencia de éstas frente al poder ejecutivo. Esta dependencia ha estado motivada por la politización sufrida bajo la influencia de Vladimiro Montesinos.

Francisco Durand, tras realizar un breve análisis de la experiencia histórica de relación entre empresarios y Gobierno, mantiene que los empresarios no son inherentemente autoritarios y que el problema de la democracia no debe verse como una cuestión de si los empresarios apoyan a un régimen o si tienen convicciones democráticas sino más bien como una capacidad de la democracia para controlar las fuentes de incertidumbre que históricamente han afectado la relación empresarios-Estado. Susan Stokes estudia la dinámica de la opinión pública en torno al Gobierno de Fujimori y sus políticas económicas a través de datos de encuestas. Este análisis la lleva a concluir que en los inicios del período fujimorista, la postura de la opinión pública hacia las reformas era intertemporal. En el sentido de que los declives o las malas condiciones del momento eran interpretados como presagios de prosperidad futura y, por tanto, se mantuvo el apoyo al Gobierno. Sin embargo, esta posición intertemporal fue siendo sustituida por una postura «normal» de voto económico: la actuación económica futura se anticipaba como una extensión directa del presente y entonces el apoyo público al Gobierno variaba de acuerdo con el comportamiento de la economía. Estos argumentos de Susan Stokes son rebatidos por Julio Carrión que, también a partir del análisis de encuestas, afirma que la condición económica no parece haber tenido influencia en los niveles de popularidad de Fujimori. Este autor considera que es más importante en la aprobación ciudadana de la política económica y el desempeño de Fujimori, la situación familiar de la población que la situación económica del país.

Catherine Conaghan llega a conclusiones similares a las de Degregori al analizar la prensa peruana y su relación con el Gobierno de Fujimori. Pero, además, pone el foco de atención sobre un elemento que Degregori no tiene en cuenta en su libro, y es la negación del Gobierno a la información de la opinión pública. Así, Conaghan mantiene que Fujimori utilizó la negación y el secreto como una política pública permanente ayudado por los aparatos de inteligencia militar. El último artículo que concluye esta compilación es el análisis que hace Scott Palmer sobre la política local en el departamento de Ayacucho. Para Scott Palmer, los procesos políticos nacionales desfavorables a la institucionalización democrática promovieron iniciativas políticas a nivel local en canales alternativos que él define como «políticas informales», surgidas de las limitaciones del sistema político formal. De forma que, al no poderse canalizar las demandas políticas de los ciudadanos a través del sistema formal, éstos buscaron formas o mecanismos para conseguir respuestas de la burocracia estatal. En concreto, en el departamento de Ayacucho, afectado por el impacto de la violencia, la pobreza y una política de reforma agraria inadecuada, las políticas locales se caracterizaron por la ausencia de actividades promovidas por partidos políticos pero también por la presencia de múltiples entidades estatales y organizaciones locales que desarrollan mecanismos de clientelismo.

Como se puede comprobar los trabajos que recopila este libro tienen temáticas muy diferentes unidas por el foco de análisis de la política peruana bajo el Gobierno de Fujimori. Aunque se podrían abarcar numerosos temas más, es un libro que ofrece un panorama enriquecedor sobre distintos factores que caracterizaron el hacer política de la era fujimorista.

Henry Pease García, conocido y activo legislador peruano, se plantea en su libro el estudio del sistema electoral con el fin de aportar elementos que contribuyan a la reforma del mismo y el análisis del sistema de partidos peruanos como instrumento para su reconstrucción. El libro intenta definir las relaciones entre estos dos sistemas en Perú y sus vínculos con el otro sistema importante, el de gobierno. Además de esta profundización en las relaciones, Pease aporta iniciativas normativas para orientar el cambio de dirección que, a su juicio, debe tomar el sistema electoral.

Los dos primeros capítulos del libro constituyen una revisión bibliográfica sobre lo escrito en los últimos años acerca del sistema electoral, el sistema de partidos y el presidencialismo. A los que sigue una caracterización del sistema político peruano. Para este autor, el sistema de gobierno está definido por un fuerte presidencialismo, el sistema de partidos no existe y el sistema electoral está distorsionado por el distrito nacional único y las elecciones con simultaneidad perfecta. Para comprobar los efectos concretos del distrito único sobre el Parlamento en un contexto de crisis del sistema de partidos y en el marco de un sistema de gobierno fuertemente presidencialista, el autor analiza los Congresos de las décadas de 1980 y 1990. Concluyendo que los efectos han sido la proliferación de diputados pertenecientes a Lima, la dispersión y fragmentación partidista y la dependencia del poder legislativo frente al ejecutivo.

A partir de este diagnóstico, Pease estima necesario realizar reformas para que el régimen peruano no se convierta en autoritario. Para ello propone dos proyectos de ley, uno encaminado a la reforma del sistema electoral y el otro a la creación de una ley general sobre partidos políticos.

El proyecto de reforma del sistema electoral contribuiría, según el autor, a asegurar una composición del Parlamento que lo acerque a la ciudadanía, rompa el cerco centralista y vigorice la institución y su carácter representativo. Además, permitiría mantener la tradición constitucional que establece la representación proporcional buscando impedir excesiva fragmentación partidista. Por otro lado, establecería la elección departamental de la mayor parte de los congresistas pero manteniendo una presencia minoritaria de representantes elegidos por distrito nacional único. Y, por último, contribuirían al establecimiento de la renovación parcial del Parlamento, a la mitad del período presidencial junto con un mecanismo que haga viable la revocatoria de representantes dentro de un sistema proporcional.

Por el lado de la ley de partidos, el marco que persigue la norma propuesta por Pease es la democracia interna, eligiendo con voto de las bases a los dirigentes principales y realizando elecciones primarias abiertas o cerradas para la conformación de listas parlamentarias, regionales y municipales; la promoción de la participación de la mujer, introduciendo el sistema de cuotas tanto para las elecciones internas como para las elecciones primarias; la transparencia en los ingresos y egresos de las organizaciones partidistas facilitando el acceso a los mismos, especialmente durante las campañas electorales en las que la publicidad está sólo al alcance de unos pocos y la institucionalización de los partidos como camino para aminorar el caudillismo que subsiste en la cultura política peruana.

Este libro constituye un interesante aporte desde una visión institucional a la consolidación de la democracia peruana. Pease no sólo intenta ofrecer un diagnóstico del oscuro panorama del sistema político peruano sino que da un paso más allá proponiendo normas institucionales con las que orientar el cambio hacia un sistema más democrático.

El último de los libros que se presenta pertenece a Alfredo Barnechea autor que plantea la cuestión de por qué son ricas las naciones y más concretamente por qué Perú no lo es. A partir de este dilema aparece otro que es si el destino de los países está predeterminado. Esta pregunta parece surgir del hecho de que otros países, como los del sudeste asiático, lograron salir del círculo de la pobreza y Barnechea se lanza a la búsqueda de una respuesta para su país indagando en la historia peruana.

Barnechea entiende que los últimos 100 años se pueden dividir en dos grandes ciclos. El primero iría de 1895 a 1930 y fue un ciclo liberal y a partir de 1930 se pasaría a un ciclo genéricamente populista aunque con distintas fases en su interior. El autor encuentra que la historia peruana ha sido un movimiento concéntrico de crisis económicas, en el que se han repetido los modelos populistas clásicos desde la experiencia de Velasco Alvarado pasando por Alan García. Al modelo populista, Barnechea lo acusa de acentuar la crisis de las naciones latinoamericanas. Este modelo populista entró en crisis hacia finales de la década de 1980 momento en el que se abre una nueva etapa liberal.

A pesar de las crisis recurrentes por las que ha atravesado Perú, el autor intenta esclarecer, al hilo de su idea inicial de por qué el país no se ha desarrollado, si el motivo es por el mal manejo económico. El examen histórico le lleva a concluir que no fue mal llevado en materia económica sino en política. El país fracasó a la hora de crear una sociedad nacional integrada, lo que ahondó en el abismo interior, en la dualidad.

Barnechea se pregunta cómo salir de los círculos viciosos de la pobreza y con el fin de encontrar una respuesta, compara, siempre desde una perspectiva histórica, a América Latina con Asia y encuentra que aquello que genera o frustra el desarrollo no es la economía sino la política, la estabilidad. Por lo tanto si Perú quiere salir del círculo vicioso, una vez superada la ola populista, sus posibilidades de éxito estarán determinadas por el modo en que se supere el reto que plantea la siguiente tríada: desarrollo, democracia e igualdad social. Por lo tanto es la libertad política, la democracia como sistema la que hace a la libertad económica y ésta es la que genera el desarrollo. Por lo tanto, según Barnechea el desarrollo se apoya en la confluencia de ambas libertades.

Estos trabajos constituyen un aporte sustantivo en el conocimiento de la realidad peruana, esto es especialmente relevante en el momento actual ya que, como se ha mencionado anteriormente, Perú acaba de dejar atrás la era fujimorista. Son muchos los interrogantes que se abren en la discusión en torno a la democracia peruana y son muchas las expectativas con las que los ciudadanos reciben el nuevo período. Por lo tanto, el nuevo Gobierno se enfrenta a grandes retos. El conocimiento de los análisis que los distintos autores ofrecen de la realidad peruana es una vía que ofrece instrumentos para abordar los retos a los que enfrenta el país.

MERCEDES GARCÍA MONTERO

---

**ESCOBEDO, Juan Francisco.** *Resonancias del México autoritario.* México: Universidad Iberoamericana, UNESCO, Fundación Manuel Buendía, 2000. 240 pp.

---

Éste es un libro que sale de lo común, ya que no aborda como tema central la democracia, sino que se ocupa más bien del autoritarismo. El planteamiento esencial está dirigido a explicar ¿qué factores han hecho posible la persistencia del régimen autoritario en México? La permanencia del régimen político tiene su signo de identidad en la mutabilidad, es decir, desarrolló una capacidad de institucionalización tal que le permitió ensanchar su horizonte de vida. Así que, para buscar sus líneas de continuidad y ruptura, el autor se da a la tarea de explicar los condicionamientos históricos que bloquearon la instauración de la democracia y busca las causas que han diferido su crecimiento, así como los procesos y factores que suplieron su ausencia.

Por ello, y ante la falta de consenso acerca de los cambios políticos que se mostraron muy aceleradamente a partir de las elecciones de 1988, Juan Francisco Escobedo opta por un análisis genético (en términos de Rustow) con el fin de caracterizar al régimen en cuanto a sus componentes, sus procesos fundamentales y mutaciones. Y la estructura de su estudio se presenta haciendo una retrospectiva de tres fases: 1) fundacional y de consolidación; 2) de auge autoritario o de persistencia estable; y 3) declinación del autoritarismo. La primera, teniendo en cuenta elementos del antiguo régimen (1880-1911), se ubica más bien entre 1920 y 1946, en donde eludida la asignatura de la democracia —dice Escobedo—, la senda del régimen se traza persiguiendo reconstruir la infraestructura, recuperar la economía, forjar el Estado, apaciguar a los caudillos militares, mantener la estabilidad, responder a las demandas sociales, preservar la unidad de la élite, acelerar la modernización y promover el desarrollo (p. 21).

Esta fase no sólo consistió en la creación de instituciones, sino que también se fue dando una adaptación de las mismas a las condiciones cambiantes, generando arreglos y procedimientos que facilitaron la persistencia del régimen autoritario. Una de sus aportaciones teóricas es sostener que el partido en el poder es un partido de régimen y no un partido de Estado como teóricamente ha sido sustentado por diversos especialistas.

La segunda fase (1946-1968), intenta explicar las interacciones del modo en que se tejió el entramado político. Recupera aspectos electorales y partidistas; instituciones y actores que han contribuido a la reproducción y persistencia del régimen. Es un período en el que se forjan consensos y se afianza la legitimidad del régimen, donde la consolidación autoritaria se sostiene sin grandes problemas; aunque su punto de inflexión se dio en 1968 ante la rebelión social antiautoritaria, que marcó el fin del auge hegemónico del régimen, al quedar exhibidas las limitaciones institucionales y de las élites para seguir manteniendo el consenso perdurable durante más de 40 años.

La tercera fase, ubicada desde 1968 hasta el régimen de Ernesto Zedillo, representa el declinar del autoritarismo y tiene lugar en un contexto de modernidad política que ha quedado inconclusa, o como dice Escobedo, eternamente adolescente, flexible y

mutante (p. 167). Son rasgos de esta fase, los excesos del presidencialismo, que mantuvieron un partido hegemónico sin autonomía respecto del funcionamiento y persistencia autoritaria del régimen, y su importancia radica en que la elite gobernante se mantiene en el poder a través de un discurso democrático pero con un pragmatismo autoritario. Sin embargo, la quiebra de unidad de esta elite en el poder (1987) evidencia una legitimidad en crisis.

El autor expone muchos más elementos para sustentar una tesis central: que las mutaciones políticas de México constituyen un proceso de cambios en el régimen, que bajo un horizonte de largo alcance han despejado el camino para el cambio hacia la democracia, cuyo desenlace no ha ocurrido (p. 15)<sup>1</sup>. Expone por ejemplo que la subordinación del cambio político a imperativos de modernización económica restableció la credibilidad del presidente (Salinas de Gortari) a costa del debilitamiento de las frágiles instituciones municipales y de los gobiernos estatales; que se utilizó el concepto de gobernabilidad para encubrir la modernización económica sin democracia; o que se dio la persistencia del orden político, estrechando más su interdependencia con la posesión del poder presidencial en manos del PRI.

La declinación del autoritarismo con Zedillo se fue dando ante su posición discursiva de «sana distancia» con el PRI, aunque en los hechos se retrae intentando volver a la vieja relación subordinada del PRI hacia el presidente; los principales partidos de oposición (PAN y PRD) conquistan el suficiente poder público como para cerrar el ciclo de la hegemonía priísta en el Parlamento y obligar al régimen a concluir una agenda mínima de cambios políticos como garantizar confiabilidad y limpieza en las elecciones.

Finalmente, el autor concluye refiriéndose a las elecciones del 2000 –que aún no tenían lugar al cierre de su estudio–, como el escenario donde habría de probarse la naturaleza y persistencia del orden político, dejando claro que, mientras tanto, las resonancias del México autoritario seguían lastrando el presente. Ahora, ya conociendo la derrota priísta en ese proceso electoral, bien podríamos continuar con la estructura teórica que ofrece Escobedo y decir que esas resonancias que una vez fortalecieron el autoritarismo hoy han sido combatidas legalmente, mediante el voto popular. Se ha cerrado el ciclo del autoritarismo y cabe plantearse ahora si existen condiciones firmes para hablar de democracia en el país.

Sobre el origen de este libro, es oportuno señalar que fue pensado y desarrollado primeramente como una tesis doctoral de Ciencia Política y Sociología presentada por el autor en la Universidad Complutense de Madrid. Después fue premiada obteniendo el primer lugar en el Segundo Concurso Nacional de Tesis Doctorales que convocó la Cámara de Diputados en el 2000.

MARGARITA JIMÉNEZ BADILLO

1. Hay que tener en cuenta que el estudio fue finalizado antes de conocerse los resultados de las elecciones de julio de 2000, donde se dibuja un nuevo escenario político en el país, con la alternancia en el poder, lo que sin duda es una condición de democracia y un campo abierto para ser analizado.

---

**LUJAMBIO, Alonso.** *El poder compartido. Un ensayo sobre la democratización mexicana.* México: Océano, 2000. 191 pp.

---

El autor, en este último libro, se propone pensar la transición democrática mexicana como construcción de instituciones para lograr un Gobierno responsable que se someta periódicamente al juicio de la ciudadanía en las urnas. El inicio de esta transición lo ubica en 1988, «porque por primera vez en la historia postrevolucionaria mexicana, las oposiciones contaban *en las instituciones* con el suficiente poder negociador para influir efectivamente en el rediseño de la normatividad política del país» (p. 15).

Un buen sustento de datos empíricos, le permite sostener que este cambio ha sido *gradual* aunque con sobresaltos y momentos críticos; período desde el cual ha tenido lugar la inclusividad política sin rupturas graves en el orden institucional. Como en España y Brasil, el cambio político en México está siendo producto de la combinación de presión, negociación, acuerdos de reforma institucional entre las oposiciones y el régimen no-democrático, el cual no se colapsa ante el orden democrático.

Partidos políticos, elecciones e instituciones legislativas son su eje de atención para explicar la transición democrática, buscando contribuir a este debate mediante la *pluralidad política* como una variable alcanzada en el país a nivel federal en el Congreso de la Unión; y regional en los Congresos locales.

Analiza primeramente cómo empezó a integrarse el pluralismo en las instituciones y en el sistema de partidos *antes* de 1988; para ello se remite a dos reformas políticas que fueron decisivas como antecedentes de este proceso: la de 1962 y la de 1977, que son claves para entender la institucionalidad democrática con posterioridad a 1988. Los datos le permiten comprobar que el pluralismo se expande *después* de 1988, en donde claramente se identifica el *poder compartido entre partidos políticos*, lo que ha abierto la posibilidad de que éste someta a controles y contrapesos el ejercicio de la función pública.

Seguidamente estructura su estudio, exponiendo la evolución del pluralismo en el Congreso de la Unión como una instancia representativa en la que da comienzo un período de construcción institucional. Es prácticamente en 1988, la primera vez desde el período postrevolucionario, cuando las oposiciones cuentan con poder de negociación para influir efectivamente en el rediseño de la normativa política del país y es a partir de esa fecha cuando ningún partido cuenta con mayoría calificada, y ninguno tiene mayoría absoluta desde 1997. Significa que el poder de decisión es ahora compartido entre los partidos políticos y su relevancia no es poca cosa porque el Congreso es la institución en la que concurren distintas fuerzas que incrementan su poder negociador para incidir en los procesos de reforma constitucional.

La pluralidad política en los Congresos locales tiende, igualmente, a hacer más rígido el marco constitucional (ya que se requieren coaliciones interparlamentarias, plurales y negociadas para reformar la Constitución), lo cual conlleva a que la competencia del sistema de partidos se traduzca en un mecanismo de decisión compartida. El

cambio desde 1974 ha sido gradual, tendiendo a integrar a los partidos minoritarios en esos órganos legislativos. A modo de ejemplo, el porcentaje de escaños ocupados por el PRI en ese año era de un 97,8 por ciento, mientras en 1999 era de un 49,64 por ciento, lo cual refleja la pluralización del sistema representativo.

La competitividad del sistema de partidos a nivel local es vista por Lujambio entre 1974-1987, cuando hubo 2.142 elecciones en distritos electorales para elegir diputados de mayoría dividida, ganando el PRI en 2.126 (99,25 por ciento) de los casos, mientras los partidos de oposición sólo ganaron en 16 ocasiones (0,75 por ciento) de los casos. En cambio desde 1988 a 1994 la oposición ganó en un 7,08 por ciento de los distritos; y de 1995 a 1998 ganó en un 31,6 por ciento (pp. 60-61). Actualmente, en todos los estados de la República, para reformas constitucionales, se necesita contar con el voto de por lo menos las dos terceras partes de los diputados locales.

En sí, los gobiernos divididos han resultado educativos para partidos políticos y ciudadanos, pues se está gestando una cultura de debate y negociación –dice el autor–, posibilitando que los partidos políticos expliquen públicamente su conducta parlamentaria.

Expresiones de la nueva pluralidad política son también el Senado de la República (al cual se le han incorporado mecanismos de representación minoritaria); las gubernaturas de los estados (que garantizan elecciones libres y confiables), y los municipios (en donde los partidos ejercen el poder, responsabilizándose directamente del ejercicio de la función pública).

Si bien el balance de este proceso plural en México es muy positivo, el autor encuentra un punto deficitario: «que los partidos políticos han discutido durante demasiados años, y a rabiar, asuntos de política, y muy poco de políticas públicas» (p. 126). Es decir, hay que ir más allá de la transición democrática observable en el país; para mirar hacia una consolidación de ésta que ataque problemas como la desigualdad de oportunidades, o la precariedad del Estado de derecho, pero sobre todo –afirma Lujambio–, hay que abrir el debate ya no de cómo acceder al poder sino, ahora, sobre qué hacer con el poder que se tiene.

Así pues, el autor contribuye con este estudio a poner en la mesa del debate el nuevo pluralismo que en los últimos años vive el país, esperando que se traduzca en responsabilidad pública, calidad de los gobiernos y una nueva interacción entre actores políticos que, en opinión del autor, ha de asentarse y rutinizarse.

MARGARITA JIMÉNEZ BADILLO

**KLIKSBERG, Bernardo y TOMASSINI, Luciano (comps.)** *Capital Social y Cultura: Claves Estratégicas para el Desarrollo*. Buenos Aires: Banco Interamericano de Desarrollo, Fundación Felipe Herrera, Universidad de Maryland, Fondo de Cultura Económica. Primera Edición: septiembre del 2000. 398 pp.

La noción de capital social ha encontrado impulso y difusión a través de las aportaciones pioneras de Bourdieu, Coleman, Putnam y, más recientemente, Fukuyama, aunque presentando diferencias significativas entre los mismos. Putnam define al capital social como los rasgos de la organización social como confianza, normas y redes que pueden mejorar la eficiencia de la sociedad facilitando acciones coordinadas. Por ello, el papel que juega el capital social en los procesos de desarrollo ha despertado interés creciente. Cuestiones tales como el clima de confianza social imperante, el grado de asociacionismo, la cultura cívica y los valores culturales de la sociedad, reciben cada vez mayor atención a partir de la premisa que todas estas cuestiones que conforman el capital social inciden de forma directa e indirecta sobre el desempeño político y económico de los distintos países. La obra que aquí nos ocupa, producto de un seminario convocado por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), en París, en marzo de 1999, analiza con profundidad las relaciones complejas que se establecen entre el capital social, la cultura y el desarrollo, con el propósito de superar el pensamiento tradicional en la materia y contribuir a la renovación de la visión prevaleciente sobre el desarrollo y el diseño de las políticas públicas que intentan promoverlo. La compilación, realizada bajo la dirección de Bernardo Kliksber y Luciano Tomassini, está integrada por trabajos de destacados estudiosos: Norbert Lechner, Gilbert Rist, Alfredo Valladao, Marcelo Cavarozzi, Guy Hermet, Martín Hopenhayn, Denis Merklen, Saúl Sosnowski, Hugo Achugar, Ramiro Osorio Fonseca, Rafael Tovar, Sergio Miceli, Néstor García Canclini, Jesús Martín-Barbero, Sealtiel Alatraste y Pablo Harari. La obra se organiza en cuatro partes: 1) Los valores culturales y su influencia en los procesos de desarrollo; 2) Participación y cultura. Sin embargo, este planteamiento teórico (y el interés que genera en los mencionados organismos y entidades), presenta algunos interrogantes fundamentales. Algunos de ellos, compartidos por otros autores, se encuentran reflejados con claridad meridiana en el capítulo escrito por Gilbert Rist, bajo el título (elocuente) de: «La cultura y el capital social: ¿cómplices o víctimas del desarrollo?». La hipótesis de Rist es directa: «la introducción de la dimensión cultural» y de la noción de «capital social» en el discurso referido al desarrollo, lejos de proponer una nueva perspectiva para repensar el desarrollo, constituye en realidad la búsqueda del mismo objetivo: la ampliación de la lógica del mercado a través de otros medios. De la misma forma que la «etnología de emergencia» se apresuraba a hacer el inventario de las costumbres de los salvajes antes de que fueran arrastradas por la modernidad, el pensamiento económico dominante elogia hoy día las prácticas sociales, que contribuye a hacer desaparecer. A partir de esta premisa, el autor enfatiza que la lógica del mercado, tradicionalmente, no ha logrado administrar el desorden social. Los modelos económicos neoclásicos aplicados en la última década no fueron la excepción en este

sentido, acarreado en la práctica consecuencias traumáticas. Es entonces cuando se propone y postula la noción de capital social como anterior al desarrollo. Como puede apreciarse, nos encontramos frente a un texto polifónico, complejo y múltiple, lleno de matices que provocan y estimulan de forma permanente al lector. La temática en cuestión, de indudable importancia, presenta a su vez numerosos interrogantes, algunos de los cuales se vinculan con las posibilidades reales de cambio que posean el capital social y los factores culturales dentro de los procesos de desarrollo latinoamericanos. El debate queda abierto.

JOSÉ RUIZ VALERIO

**TANAKA, Martín.** *Los espejismos de la democracia. El colapso del sistema de partidos en el Perú (1980-1995), en perspectiva comparada.* Lima: Instituto de Estudios Políticos, 1998. 279 pp.

¿Crisis de los partidos políticos en la región latinoamericana? Mientras que en Argentina, Bolivia, Brasil, Ecuador y Guatemala el sistema de partidos sufre una evolución, ¿por qué colapsó el sistema de partidos peruano? ¿Crisis de los partidos políticos como consecuencia del abandono en sus funciones o éstas vienen condicionadas por la falta de adecuación al entorno de las modernas democracias?

Tanaka justifica el estudio del período comprendido entre 1989-1992 con la finalidad de vislumbrar cuáles son las causas que explican el colapso del sistema de partidos en el Perú, ya que más que una crisis de representatividad –si nos atenemos a la evolución histórica– se tendría que hablar de falta de gobernabilidad.

El autor parte de la idea de que el sistema de partidos peruano cumplía con los «requisitos mínimos» de representatividad: canalización de las demandas, la competencia política se desarrollaba dentro de los límites constitucionales, y el sistema permitía la expresión de las demandas de los principales grupos de interés y movimientos sociales. De aquí que recurra al enfoque de la teoría de la elección racional y al estudio comparativo para saber en qué proporción los factores históricos, institucionales, políticos y económicos provocaron la llegada de un *outsider* al poder en 1992, y evitar, así, relaciones deterministas del tipo crisis = responsabilidad gubernamental = desprestigio de los partidos = colapso del sistema de partidos.

El libro se estructura en ocho capítulos, junto con una introducción y un apartado de conclusiones. A pesar de que dedica tres capítulos para hablar de los partidos políticos –el bloque de izquierda (IU, Izquierda Unida), el bloque de centro (APRA, Alianza Popular Revolucionaria Americana) y el bloque de la derecha (FREDEMO, Frente Democrático)– son los capítulos tres, siete y ocho los que dan las claves explicativas del *porqué* de este colapso.

El autor describe las tres «arenas» donde se disputó el poder hasta 1989: la electoral, la de los grupos de interés y movimientos sociales, y la intrapartidaria. En ellas, los actores actuaron bajo una «acción política» buscando maximizar los votos, ejercer influencia o tener capacidad de mediación y/o movilización y ocupar posiciones y cargos dentro del partido, respectivamente. Sin embargo, la celebración de las elecciones municipales en 1989 supuso el agotamiento de la denominada lógica del juego «movimentista» a costa de la dinámica «electoral mediática». Ello significó una nueva forma de hacer política, manifestándose en el crecimiento del voto independiente. Por lo tanto, a diferencia de los países arriba citados, no hubo un trasvase de los votos a los partidos tradicionales sino hacia las candidaturas independientes.

A pesar de que los partidos políticos llegan al Congreso (1990-1992) en una situación de debilidad, no se podía inferir el autogolpe de Fujimori y su ascenso al poder. Entonces, cabe preguntarse en qué punto difieren las estrategias de los partidos políti-

cos entre países. Tanto Menem (Argentina) como Paz Estensoro (Bolivia), Collor de Mello (Brasil), Bucaram (Ecuador) y Elías Serrano (Guatemala) llegaron al poder apoyándose en un discurso *antiestablishment* a través de la arena de la opinión pública, exaltando el sentimiento antipartidos ya existente en la sociedad, y ofreciendo una visión contrapuesta del Estado y el Congreso: mientras aquél era sinónimo de gobernabilidad, éstos aparecían como actores que obstruían la implementación de las políticas públicas.

En cambio, la manera en que los sistemas partidarios se ubicaron en el contexto de los procesos de ajuste condicionaron la permanencia más o menos duradera de los candidatos independientes. Es decir, la gran diferencia radica en qué marco se ha efectuado la estabilidad económica: dentro del sistema de partidos o fuera de ellos, como el caso peruano. Por ejemplo, mientras que la estabilidad económica fue lo que legitimó el autogolpe de abril de 1992, y no al revés, en Brasil, Collor, no intentó un autogolpe, pero falló en la implementación de dos fuertes planes de ajuste. En Guatemala, el autogolpe equivalía a ansias de poder por parte de Elías Serrano, ya que el momento no era el adecuado. Y, en Ecuador, Bucaram puso en marcha un ajuste preventivo cuando no existía hiperinflación que justificara el respaldo del ajuste, ni tampoco movimientos armados extrasistémicos —p. ej. Sendero Luminoso o Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA)— por los que el presidente pudiera asumir poderes extraordinarios. La caída de estos liderazgos personalistas y autoritarios dio una nueva oportunidad a los partidos tradicionales, a excepción del caso boliviano, donde la estabilización económica afianzó, todavía más, un frágil sistema de partidos.

Como conclusión, el estudio de Tanaka da pistas de cómo seguir profundizando en la consolidación de la democracia en Latinoamérica, más allá de la importancia de los cálculos estratégicos de las elites y del análisis de las instituciones políticas y su solidez. Él propone ubicar los cambios políticos en relación con el proceso de transición económica, y analizar los retos particulares que se presentan en la agenda. El caso peruano es ejemplificador: en un primer momento, habla de un proceso de transición desde un Gobierno autoritario a la definición y convergencia de unas reglas de juego que permitan la redistribución económica y la estabilidad. En un segundo momento, la crisis económica de los ochenta hizo que se necesitara legitimar los nuevos regímenes políticos. Y, un tercer momento, que enfatizaría una legitimación más allá del respeto a las reglas establecidas, junto con un fortalecimiento institucional y una mayor participación de los ciudadanos. Estudios como éste permiten profundizar en la naturaleza de los cambios políticos en América Latina; ayudan a reflexionar respecto a los problemas de los sistemas de partidos así como también suponen un avance importante en los trabajos de política comparada en la región.

LEOPOLDO DÍAZ MOURE